

35

Venganza cumplida



Herbert Rosamundson

OBRA MAESTRA
DEL
CINE



A NUESTROS LECTORES

La empresa editora de la revista EL CINE, a la que pertenece esta publicación, escogió el título de OBRAS MAESTRAS DEL CINE porque respondía de una manera justa a nuestros propósitos y a nuestros planes acerca de lo que ella había de ser.

El público acogió OBRAS MAESTRAS DEL CINE con un cariño que nunca agradeceremos bastante... La nueva publicación, tal como se la ofrecimos, gustó, y rápidamente obtuvo tal aceptación, que nos vimos precisados a aumentar enormemente nuestro tiraje desde los primeros números, hasta llegar a conseguir el honrosísimo lugar que hemos conquistado entre el infinito número de novelas de esta índole que se publican en Barcelona.

Hasta aquí, todo iba muy bien; pero...

Nuestro éxito, que han celebrado con nosotros los que no tenían por qué temerlo, ha sacado de sus casillas, como vulgarmente se dice, a los editores de La Novela Semanal Cinematográfica. Y viéndose impotentes para contrarrestar por los medios lícitos en toda competencia el auge cada día mayor de OBRAS MAESTRAS DEL CINE, han recurrido a procedimientos que no hemos de calificar ni comentar siquiera para obligarnos a cambiar el título de esta publicación. Baste decir que aprovechando la circunstancia de estar registrado un título similar al nuestro, con la agravante de no ser de su directa propiedad, han conseguido que nos veamos precisados a sustituir la cabecera de OBRAS MAESTRAS DEL CINE.

Por consiguiente, anunciamos a nuestros fa-

vorecedores, que a partir del día 3 de enero del próximo año, OBRAS MAESTRAS DEL CINE cambiará este título por el de

La Pelicula Selecta

que, a nuestro juicio, se ajusta como aquél a la índole de esta publicación.

Aun cuando nuestros enemigos esperan ocasionarnos con ello perjuicios definitivos, nosotros estamos seguros de que

La Pelicula Selecta

obtendrá la misma favorable acogida que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, puesto que no será más que su continuación.

La conducta de aquellos que fían más el éxito de sus publicaciones en esta clase de artimañas que en su propio valer, nos ha de servir de estímulo. Así, pues, anunciamos a nuestros lectores que

La Pelicula Selecta

aparecerá notablemente mejorada y que, sin alterar su precio, publicaremos en ella las adaptaciones novelescas de las mejores producciones cinematográficas, escritas por nuestros más brillantes literatos.

Leed y propagad

La Pelicula Selecta

Año I — N.º 35

Barcelona,

29 Novbre. 1924

Redacción y
Administración:

Pelayo, 62

Teléfono 4128 A

OBRAS MAESTRAS
DEL

CINE

PUBLICACIÓN SEMANAL

Suscripción:
España 3 pts. tri.
Extrj.º 17 » año

En combinación con la
revista EL CINE

España 2'50 pts. tri.
Extrj.º 15 » año

N.º ord.º 25 cts.

Extra.º 50 »

DIRECTOR-PROPIETARIO: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

Venganza cumplida

Argumento de la película del mismo título.

Protagonista: **HERBERT RAWLINSON**

EXCLUSIVAS DE **HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.**

Valencia, 235.-Barcelona

I

Fué al amanecer de un día triste de otoño, huérfano de la tibia y luminosa caricia del padre Sol.

La imponente silueta de la cárcel de Park-moor se recortaba sobre un fondo gris plomo, y sus muros, ennegrecidos por los años, semejaban en la penumbra ambiente las paredes de un inmenso ataúd...

Si en aquellos momentos algún observador se hubiera fijado en la torre de la prisión, hubiese echado de ver que algo desacostumbrado acababa de ocurrir en el recinto de la misma. La bandera que ondeaba en lo alto acababa de ser arriada, señal inequívoca de que uno de

sus desgraciados habitantes había sido arrancado del mundo de los vivos.

¡ Pocos lo notaron !... ¡ A pocos impotaba !... Pero del libro registro de la prisión fué borrado el nombre de Jaime Kent...

Entre los presidiarios reinaba general consternación. Aunque se rumoreaba que algo anormal y temible había en la muerte de aquel compañero, la verdad oficial es que su fallecimiento era debido a muerte natural...

En uno de los mal alumbrados corredores de la cárcel resonaba el llanto de una mujer que, con muestras de gran desespero, se abrazaba a la caja negra en que descansaban los restos de Jaime Kent, como si pretendiese estrechar el cuerpo querido del muerto.

Al través de las rejas de su celda, Ricardo England contemplaba en silencio a la desgraciada...

— ¡ Juana !—clamó al fin—. ¡ No te desesperes más ! Es... ¡ lo irremediable ! De todos modos él no hubiera podido resistir la prisión, y, sobre todo, el vivir separado de ti. ¡ Os queirais tanto !

A la evocación de su cariño, la infeliz mujer, viuda desde hacía unos momentos, sintió el ahogo de todas las amarguras y su llanto se trocó en un hipo estridente.

— ¡ Serénate, mujer ! ¡ Yo estoy contigo !—consolábala England—. Tú y Jaime me recogisteis cuando yo, enfermo y pobre, iba a sucumbir a mi destino. ¡ Salvasteis mi vida ! Yo te la ofrezco ahora para reparar la traición de que ha sido víctima tu marido.

Las palabras de England tuvieron la virtud

de secar como por ensalmo las lágrimas de la dolorida. Acercóse con pasos de ebria a la puerta de la celda y se le quedó mirando con los ojos dilatados por el espanto del recuerdo.

— Sí, Juana—continuó Ricardo—. Oficialmente Jaime Kent ha sucumbido víctima de una enfermedad comun. Pero Corton es el verdadero asesino... Y algún día...

Castañetearon sus dientes y sus manos sacudieron las rejas de la prisión con rabia de impotencia.

— ¿ Su vida ?—insinuó Juana con acento de odio.

— ¡ Sí !

— ¿ Has oído, Jaime ?—gritó la mujer inclinandose sobre el ataúd—. England jura que arreglará cuentas con Corton... ¡ El traidor recibirá su castigo !

— ¡ Lo juro !—confirmó Ricardo—. También debo yo a ese infame el estar aquí. ¡ Pero a todos les llega su hora... !

Desde aquel día un solo pensamiento obsesionó la mente de Ricardo England: el de vengar al compañero muerto.

Y una noche, después de varios meses de paciente y callada preparación, logró fugarse de la cárcel.

La noticia de la huida de Ricardo England, temido tímido de sociedad, causó profunda sensación en todas partes y en Scotland Yard se tomaron rápidas disposiciones para darle caza nuevamente. Los más hábiles policías fueron encargados de su captura.

Ricardo, burlando hábilmente la persecución logró llegar hasta una casa sita en los barrios

extremos de Londres, y, con gran estupefacción de los que la habitaban, se presentó ante ellos.

—¿Qué? ¿Tú?

—¡Sí, yo mismo, de carne y hueso! No creáis que soy el diablo y pretendáis alejarme con exorcismos...

Todos estrecharon las manos del fugado, quedando pendientes de sus labios.

—¡Juana! ¡Se acerca el momento! Me he escapado de la prisión para cumplir la promesa que te hice. ¿Habéis encontrado a Corton?

—Sabemos que anda siempre escondido, temiendo sin duda nuestra venganza—contestó uno de los presentes, de rostro patibulario—. Actualmente está bajo la protección de un Obispo llamado Selby, persona muy considerada, según parece, y a quien Corton ha logrado engañar con apariencias gazmoñas.

—¿Y tú no has hablado con el Obispo?

—¿Con una cara como esta?

Sonrió England levemente, encontrando muy justificada la negación que implicaba la respuesta.

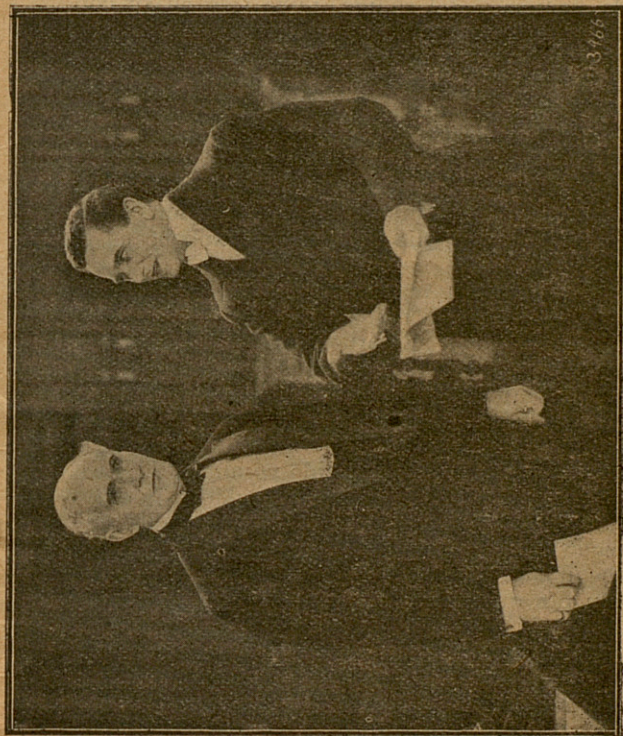
—¡Está bien!—terminó—. Pronto tendréis noticias mías.

Y, sin añadir palabra, salió a la calle.

De su pensamiento no se apartaba la idea vengadora que era como la razón de su vida en aquellos momentos...

II

El juez Garven estaba leyendo la prensa de la mañana.



—¿Quieren nombrarme consejero del Rey? ¡Ese es un gran honor!

Hombre de carácter recio y severo, gran jurista, que todo lo miraba al través del lente de la justicia y del código, vivía solo en su confortable piso, verdadera «garçoniere», sito en uno de los puntos más céntricos de la capital.

Aquel día, como todos, se había levantado temprano y, antes de acudir a su despacho, hojeaba los diarios de más circulación.

Mucho debía sorprenderle e interesarle la noticia cuando repitió la lectura varias veces con manifiestas muestras de excitación.

—¡Cómo! ¡Qué dice esto!—exclamó en alta voz.

Las manos le temblaban y una oleada de sangre coloreaba su rostro.

—¡Fugado! ¡Ricardo England! ¡Sí, es él! ¡Ricardo!! ¡¡¡Mi hijo!!!

Se sentó en un sillón, pues las piernas no le sostenían. Y con la mirada perdida en el vacío, recordó...

Desde pequeño había sido voluntarioso y díscolo. Todo el peso de su autoridad y la extrema severidad con que siempre le había educado no bastaron a refrenar el carácter independiente e impulsivo de Ricardo. Hasta que un día quiso recurrir a procedimientos extremos...

—Desde tu niñez te has opuesto a mi autoridad—dijo al muchacho queriendo atemorizarle—. Es inútil pretender encauzarte. Puedes hacer lo que gustes... ¡No eres ya mi hijo!

—Ni tú has sido para mí un verdadero padre—respondió Ricardo—. Unicamente he podido ver en ti un juez, un tribunal, ¡un verdugo!

—Es necesario que haya ley en la vida privada, como la hay en la pública.

—¡Menos ley y más cariño! Así iría mejor el mundo, no te quepa duda.

—¡Pues no ha de ser así!

Ricardo no pestañeó. Irguióse ante su padre y con voz serena pronunció:

—¡Pues bien! Desde ahora viviré fuera de la ley, con el nombre de Ricardo England. ¡Buenas noches, señor!

Y salió de la habitación, dejando mudo de sorpresa al juez Garven.

Durante mucho tiempo nada supo de él. Hasta que un día leyó su detención y encarcelamiento llevado a efecto en virtud de ciertas confidencias y denuncias hechas a la superioridad.

Y aquel Ricardo England, que acababa de fugarse de la prisión, era su hijo.

Anonadado por la enorme sensación que la noticia le produjera, el juez Garven no sabía qué partido tomar. ¡Al fin y al cabo era padre! Y el deseo de volver a ver a aquel hijo se apoderó de su ánimo.

Pero, reaccionando luego, pensaba que su obligación era cumplir estrictamente con la ley, salvaguardar a la sociedad del peligro que para la misma suponía la conducta de su hijo.

Si lo encontraba en su camino, cerraría su corazón a todo sentimiento y obraría como fiel representante de la justicia.

Aquel día estaba invitado a la mesa del Obispo Selby, su gran amigo, y acudió puntualmente a su casa a la hora del almuerzo.

Los comensales eran personas distinguidas, a las que conocía y trataba el juez Garven.

Saludó al Obispo, quien se apresuró a relacionarle con un nuevo invitado.

—Señor Juez—le dijo—. Tengo el gusto de presentar a usted el señor Hood, que acaba de regresar de Africa, donde ha estado cazando. Me ha sido muy recomendado y tengo un gran honor en sentarlo entre nosotros.

Garven estuvo a punto de venderse al reconocer en el comensal a su propio hijo.

Era, en efecto, Ricardo England, quien interesándole extraordinariamente conocer personalmente y tratar al Obispo Selby, se había presentado a él usando credenciales falsas.

Recibióle el Obispo con extrema amabilidad y le rogó le acompañara a almorzar.

Durante la comida habló Ricardo de sus fantásticas cacerías en Africa.

—La caza mayor debe ser muy interesante, señor Hood—apuntó el Obispo.

—Quizá lo sea más vuestra caza de hombres aquí en Londres—respondió el aludido—. He oído hablar de una fuga ocurrida ayer... un tal England del que se ocupan todos los periódicos.

—¡Ah, sí!—contestó el Obispo, con ciertas reservas mentales—. Le está buscando la policía. Creo que se trata de una persona muy hábil, que sólo pudo ser detenido en virtud de ciertas confidencias.

—¿Y no podría ser que mientras Scotland Yard está dando caza a ese England, éste pretenda cazar al que le delató?

—Eso cree precisamente la policía. Y por este medio espera atrapar a England.

Al terminar la comida, el juez Garven indicó que debía marcharse seguidamente.

—He mandado por mi coche... Un asunto de importancia al que tengo que atender...

El señor Hood, después de expresar al Obispo su agradecimiento por la acogida que le había dispensado, manifestó también que se retiraba.

Mientras esperaba el ascensor vió salir de una de las habitaciones a un hombre que, al notar su presencia, se retiró precipitadamente.

¡Era Corton! El traidor, no por sentimientos religiosos, de que carecía, sino por estudiado cálculo y conveniencia, había escogido aquella casa misión como el refugio más seguro para burlar a su perjudicados.

Hombre sin corazón y sin escrúpulos, fingía amistad y hasta complicidad a aquéllos a quienes luego podía vender con sus delaciones, como Judas vendió a Cristo por treinta miserables monedas de plata...

Había relatado a Selby una amañada historia de su vida, presentándose como persona escrupulosa y de rectos sentimientos.

Alguien que conocía su vida anterior, al enterarse de la fuga de England, le había recomendado anduviera prevenido y que se encomendara a Dios.

—¡Yo no he hecho nada ...lo aseguro!—protestaba Corton.

—¡No ...pero England hizo! Acaba de salir de la prisión y estará buscando sin duda el que le puso allí.

A Corton se le erizaron los cabellos. Púsose tembloroso y excitado. Lo primero que pensó fué en huir.

—¡Aquí está usted más seguro que en las calles!

—¡Tengo que irme! ¡Tengo que irme!— sollozaba el traidor—. El sinvergüenza que entregué a la justicia me está buscando.

El Obispo Selby, presente allí, intervino:

—Quédese usted en mi residencia hasta que ese England sea capturado. Seguramente no ha de venir a buscarle aquí.

Corton pensó que tenían razón y se instaló en una habitación de la casa de Selby.

Ricardo Englan, al ver al odiado Corton, fué a lanzarse sobre él, pero en aquel momento llegaba el juez Garven, que también abandonaba la casa.

—Creo que los dos vamos por el mismo camino, señor Hood. Permítame que le ofrezca mi coche.

Ricardo comprendió lo que aquellas palabras significaban.

—Entre usted, señor Hood...

En el coche no cambiaron palabra padre e hijo.

Al llegar a su casa el juez Garven dirigióse a su despacho, seguido de Ricardo. Abrió una carta que tenía sobre la mesa, y después de enterarse de su contenido la entregó a su hijo.

—¿Quieren nombrarte consejero del Rey?— dijo éste—. ¡Ese es un gran honor!

Garven trazó unas líneas sobre un papel y diólo a leer a Ricardo.

—¡No puedo entender por qué rehusas!— exclamó sorprendido England.

—¿Que por qué? Viéndote a ti he de pensar que no es usual que un juez de Su Majestad tenga miembros de su familia en la prisión...

—¿Luego piensas entregarme a Scotland Yard?

—¡Faltaría a la ley si hiciera otra cosa!

Tocó un timbre. Presentóse un criado.

—Esto, a su destino—y entrególe su carta renuncia.

—¡No lo mandes, padre!—suplicaba Ricardo—. ¡Estás despreciando el premio de toda una vida de trabajo y austeridad!

El juez hizo una seña imperativa a su criado, que salió de la habitación llevándose el pliego.

Garven, como si se hubiera descargado de un gran peso, quedó sumido en honda postración. Con el rostro hundido en el pecho parecía meditar algo decisivo, una resolución trascendental.

Levantó pausadamente la cabeza y mirando a su hijo con una expresión de ternura que hacía mucho tiempo no espejaban sus pupilas, dijo con balbuceos de indecisión:

—Yo... yo... ¡Ricardo!... Yo no podría entregarte de nuevo a la policía...

—¡Padre!

Garven ahogó un sollozo que se le subía a la garganta. Procuró reponerse, y añadió:

—Pero tendrás que servir el resto de tu sentencia en un lugar que yo te señalaré y bajo las condiciones que yo te imponga. Debes ex-

piar tus culpas. Sólo así me prestaré a protegerte. ¿Aceptas?

—¡Acepto!

—Pues espera mi decisión. Pero te advierto que si faltas a la palabra que me empeñas... yo mismo iré a entregarme por ti.

Ricardo England dirigióse a la mesa escritorio y tomando un pliego escribió a Juana, la viuda del presidiario Jaime Kent:

«Por razones de familia he convenido en hacer una tontería. No trates de buscarme. Pero cuando hayas encontrado a nuestro amigo en un lugar a propósito, comunícamelo en la columna personal del periódico *The Times*. Hasta la vista.—R.»

III

Dunster Manor estaba situado a seis millas del pueblo más próximo. Sólo por esto se parecía ya bastante a la prisión de Parkmoor.

Allí había extrañado a su hijo el juez Garven para que cumpliera su promesa de expiación durante los cinco años que aun debiera haber pasado encerrado en la cárcel.

Propietario de casi todos los terrenos de aquella comarca y de una magnífica posesión era Hugh Dunster, amigo íntimo del padre de Ricardo, quien se había prestado al requerimiento del juez Garven para que alojara en su casa al muchacho.

Ricardo estaba acompañado de Foster, criado y carcelero a la vez, cuya palabra era ley y al que obedecía en todo no sólo por cierto

respeto a sus hercúleas fuerzas, sino también por la palabra dada a su padre de atenerse estrictamente al régimen de vida que se le indicase.

Y este régimen se parecía en un todo al de la prisión. Ricardo lo soportaba hasta con alegría, esperando la terminación de su forzado recluimiento.

Aquella tarde, como de costumbre, estaba trabajando la tierra. Gruesas gotas de sudor le caían de la frente por lo rudo de la ocupación.

—¡A trabajar!—le gritó Foster que llegaba en aquel momento—. ¡Todavía le queda media hora!

Y como al inclinarse viera en el suelo una punta de cigarro, le reconvino:

—¿Cuántas veces voy a tener que decirle que el fumar es contra las reglas?

Ricardo, acostumbrado a las constantes castilnarias de su criado, nada respondió.

De regreso del colegio, donde había estado recibiendo su educación, llegó aquel día a Dunster Manor, la hija de Hugh, dueño de la casa.

—¡Señorita Juana!

—¡Hola, Bedford! ¿Y mi padre?

—Su padre está en el pueblo, señorita.

—Está bien. Mira, sírveme el te mientras espero.

Ricardo, que había terminado su faena, entró en la casa y al llegar al despacho se puso a buscar la prensa del día.

Juana, que estaba tomando el te, creyendo que era el criado, dijo sin volverse:

—¿Es usted, Bedford? Haga el favor de traermé más tostadas.

Ricardo, al oír una voz femenina, quedó extrañado. Se acercó a la muchacha y su extrañeza se trocó en admiración al contemplar la belleza de la joven.

—Yo soy Hood—saludó—, el huésped que habita el ala del Este.

—¡Mi padre no me había dicho que tenía un huésped!

—¡Ni a mí que tenía una hija!

—¿Cuál será la razón de este secreto?

Callaron los dos, perdidos en sus pensamientos. Al fin, dijo Juana:

—¿No quiere usted tomar el te?

Ricardo se sentó junto a la gentil muchacha.

—¿Me permite fumar?—preguntó galante.

—¡Ya lo creo!

Charlaron ambos como antiguos amigos. Pero Foster, al entrar en la casa y ver juntos a los jóvenes, frunció el entrecejo. Y sin más preámbulo riñó a Ricardo:

—¡El fumar es muy malo para usted!

—Foster—presentó el llamado Hood—es mi entrenador, además de mi criado... Yo le permito ciertas libertades...

—¡Es hora de sus ejercicios especiales!—dijo inmutable el carcelero.

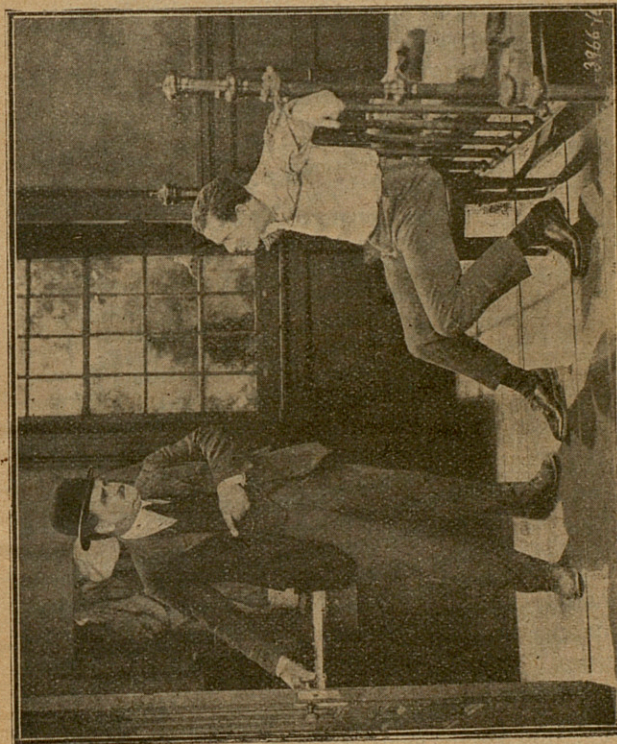
Se despidieron Juana y Ricardo con muestras de inequívoca y mutua simpatía.

Al poco rato llegó Hugh Dunster.

—No recordaba que venías hoy a casa—dijo abrazando a su hija.

Juana inquirió la personalidad de Ricardo.

—Hood es el hijo de un antiguo amigo. Ha



— ¡Por cinco horas, como castigo!

venido aquí por deseo de su padre... pero no estoy en libertad de explicarte la razón.

—Me parece muy simpático y además ¡me encanta ese misterio de que aparece rodeado!

Entretanto Foster increpaba a Ricardo:

—Creyó usted que no me iba a enterar, ¿eh? Pues bien; le impongo una hora de encuaderación como penitencia.

El muchacho se aprestó al trabajo resignadamente.

—Le advierto—protestó—que mis futuros arreglos no incluyen las mujeres.

—Su futuro está tan distante que no tiene por qué preocuparle...

Transcurrieron los días. La simpatía iniciada entre los dos jóvenes fué acrecentándose de día en día. Sentían una mutua inclinación y decían sus ojos lo que sus labios no se habían atrevido a expresar.

Foster, silencioso espectador del proceso que se desarrollaba en aquellas dos almas, estaba dispuesto a terminar aquellas iniciaciones cuyo final se adivinaba fácilmente.

—¿Qué tal, Ricardo?—saludó Juana una mañana en que el muchacho arreglaba unas plantas—. En vez de hacer eso, ¿por qué no da un paseo conmigo hasta el pueblo?

—Foster no me deja... dice que es malo para el corazón...

Y con infinita melancolía contempló a Juana, que partió sola.

—¡Tiene usted que dejar a esa mujer!—conminóle el criado—. ¡Esto se está poniendo que ni es prisión ni es nada!

Pero los sentimientos de Ricardo se aficiona-

ban cada día más a la gentil Juana, y pronto la situación se hizo intolerable. Y no encontrando otra solución plausible, pensó en marcharse de allí y volver a su vida errante de antaño.

Salió sigilosamente a altas horas de la noche, llevando en el pecho la opresión de una angustia infinita... ¡Iba a dejar allí un retazo de su alma, una ilusión de rosa, una esperanza de regeneración...!

Pero al traspasar la verja de la finca, una alucinación puso en su alma temores de superstición... Creyó ver a su padre que le miraba con austera amargura y le reclamaba el cumplimiento de la palabra empeñada...

Volvió atrás. Penetró en su habitación por la ventana. Al ruido, despertóse Foster, que al ver a Ricardo comprendió sus intenciones...

—Ha tratado de escaparse ¿verdad? Pero encontró que no podía hacerlo sin dinero, ¿eh?

Ricardo le entregó un fajo de billetes y con serena firmeza respondió:

—¡Ahí tiene usted eso! Mis planes eran viajar a su costa. He vuelto por una razón que usted nunca podría entender.

El severo carcelero, que quería equiparar en lo posible la vida de Ricardo a la de una verdadera prisión, pensó en castigar el intento de fuga. Y al efecto proveyóse de una larga cuerda.

—¿Está usted pensando en amarrarme?

—¡Por cinco horas, como castigo!

—¡No es usted suficiente hombre para hacerlo—desafió Ricardo.

—¡Usted ha dado su conformidad a las reglas!

¡Era verdad! Y, sin protestar, dejóse el muchacho atar a los pies de la cama.

—Yo me voy al pueblo para mandarle un informe a su padre. Le daré alimento cuando hayan pasado las cinco horas.

Bajó al patio y, montando en su bicicleta, partió Foster en dirección a la próxima villa.

Al llegar a una revuelta de la carretera, cruzóse un carro en su camino y para evitar el choque hizo un rápido viraje. No pudo frenar a tiempo y cayó al fondo de un pequeño desmonte, quedando allí sin sentido.

IV

Juana Dunster había ya salido varias veces de la casa esperando encontrar a Ricardo por los alrededores.

A medida que el tiempo transcurría aumentaba su impaciencia, hasta que, al fin, se decidió a comunicar a su padre los vagos temores que la asaltaban.

—Ricardo no ha salido del cuarto en toda la mañana. ¿No le habrá sucedido algo?

—Nos han pedido que no entremos en sus habitaciones—contestó Hugh.

Pasó media hora y no pudiendo dominar su intranquilidad, Juana suplicó a su padre que la acompañara a la habitación de Ricardo.

Al entrar allí, Juana sintió oprimido su corazón a la vista del espectáculo que tenía ante los ojos. Ricardo, amarrado fuertemente a los

barrotes de la cama, se había desmayado a causa del dolor de las ligaduras y de la falta de alimento.

—¿Qué razón hay para esta brutalidad?—gritó indignada la muchacha.

Entre padre e hija libraron a Ricardo del suplicio...

—Yo sabía que su padre, el juez Garven, le había impuesto una penalidad. Pero ignoraba que las condiciones fueran tan severas y hasta inhumanas.

En aquel momento llegó Foster, a quien había auxiliado el conductor del carro.

—No se preocupen ustedes—decía el pobre Ricardo—, esto es parte de... las reglas.

Juana seguía protestando.

—¡Esto es monstruoso! Voy a telegrafiar al juez Garven para que venga inmediatamente aquí.

El llamado, al recibir el aviso, acudió seguidamente a casa de Hugh, temiendo que algo desagradable hubiese ocurrido a su hijo.

—Fui yo quien mandó por usted—le explicó Juana—. Quiero tener con usted unas palabras... acerca de Ricardo.

La gentil muchacha expresó al juez Garven su desagrado y hasta su indignación por la conducta seguida con su hijo.

Escuchaba Garven con toda atención, y al fin, le dijo:

—He tomado muy en serio lo que acaba usted de decirme, señorita Dunster. Ya veremos lo que se hace.

Al quedar solo con su hijo, le amonestó severo:

—Ricardo; ha sido una mala acción la de dejar que Juana se enamorase de ti.

—¿Cómo sabes eso? ¿Estás seguro?—preguntó el muchacho con ansiedad.

—¡Eso se adivina fácilmente!

—¿Y cómo podía yo evitarlo? ¿Quién puede mandar en el corazón? ¿Cómo te hubieras tú mismo sustraído a ello si fueras humano?

—¡Eso no puede seguir! ¡Tú mismo has de decir a Juana lo que eres y lo que has sido hasta ahora!

—¡No! ¡Eso no! ¡Pides demasiado!

—¡Está bien! ¡Se lo diré yo mismo!

—¡Alto!—gritó Ricardo—. ¿Lo quieres así? ¡Será! Pero entiende que desde este momento nuestro pacto queda anulado.

Y sin aguardar más, se dirigió a la biblioteca, donde encontró a Juana.

—Señorita Dunster. Obligado por la fuerza, voy a relatarle algunos hechos pasados de mi triste vida, hechos desagradables que muy contadas personas conocen.

Juana esperó ansiosa la confidencia.

—Yo he sido ladrón y tímido. La vida me arrastró pendiente abajo y no supe luchar contra la corriente de malos ejemplos e imperiosas necesidades. ¡He estado encarcelado! El mundo me conoce con el nombre de Ricardo England. ¡Adiós para siempre!

Volvió a su habitación, dejando a Juana sumida en las angustias y torturas de sus dolores... y de su amor, que la horrible revelación no había conseguido matar en su pecho.

En el *The Times* leyó Ricardo algo que le

produjo intensa emoción. ¡La noticia tanto tiempo esperada!

—¡Qué coincidencia!—exclamó—. ¡En mejor ocasión, nunca!

«Si Ricardo Hood—decía el periódico en la sección de anuncios—viene al cuarto núm. 28 del Hotel Slade en la noche del 26 de septiembre, todas las cuentas serán pagadas en su totalidad.»

Recortó el anuncio y escribió en un papel:

«Querido padre: Te dije que si me hacías romper el corazón de la mujer que amo, nuestro convenio terminaba. Te deseo buena suerte y te digo adiós. Nunca más volverás a saber de tu hijo. — Ricardo.»

Y, silenciosamente, abandonó la casa.

Reunidos en el despacho de Hugh, discutían éste y Garven, en presencia de Juana, el porvenir de Ricardo.

Hugh pretendía convencerle de que sus procedimientos rigoristas eran contraproducentes para el fin que se proponía.

—Usted lo ha hecho como es. El quería cariño y usted le dió ley. El quería libertad y usted le tenía sujeto. ¡Las águilas no pueden vivir encerradas en jaula!

Por su parte Juana insistía y reforzaba los argumentos de su padre.

—¡Tienen ustedes razón, amigos míos!—confesó al fin el juez Garven—. Libertaré a Ricardo bajo su palabra de honor. Puede irse al Sur de Africa y empezar una nueva vida.

—Yo he sido lo que más he lastimado su corazón. Dejad que sea yo misma la que le lleve la buena noticia—suplicó Juana.

Al entrar en la habitación de Ricardo, leyó con desesperación la carta en que se despedía de su padre. Vió en el suelo el periódico y al ver el recorte hecho en el mismo tuvo una vaga esperanza. ¡Quizás allí estuviese la clave para hallarlo de nuevo!

V

Ricardo llegó al Hotel Slade la noche del 26 de septiembre. Entró en el cuarto número 28 y vió sobre la mesa una carta cerrada.

La abrió: «He comprometido en tu nombre pasaje para América. Pregunta por el señor Smith en el Hotel Slade en la noche del 26 de septiembre. Tu compañero, *Tom Graft*.»

¡Todo estaba arreglado y previsto!

Se abrió la puerta y la odiada figura de Corton se recortó en el marco.

Ricardo se volvió hacia el que acababa de entrar y con voz potente dijo:

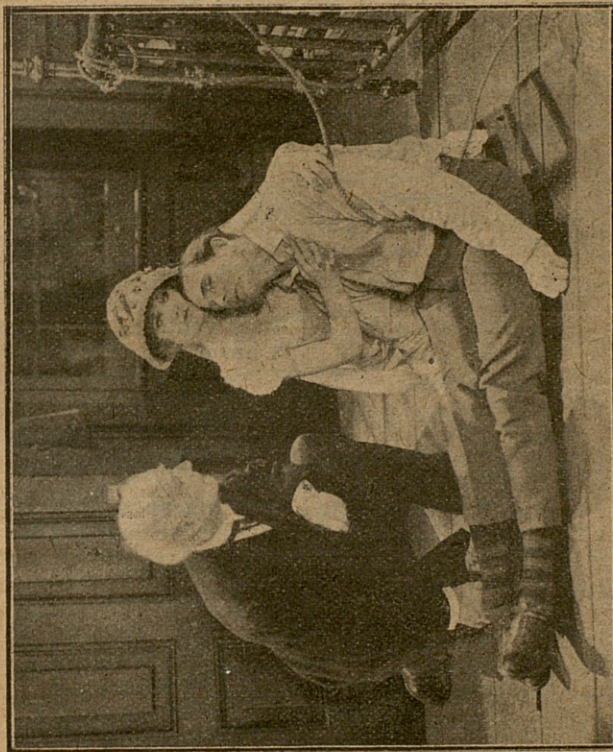
—¡Corton! Has venido aquí para recibir justicia.

La sorpresa del traidor no tuvo límites. Intentó huir, pero Ricardo sacó una pistola y le amenazó rápido:

—¡Quietos! Al menor ruido que hagas la recibes enseguida. Esta noche has de ser juzgado por el asesinato de Jaime Kent.

Le hizo pasar a la habitación inmediata, donde estaban Juana Kent, le viuda del prisionero muerto, y varios compañeros.

—¡Juzgadme! Yo seré el ejecutor de la sentencia.



Entre padre e hija libraron a Ricardo del suplicio

Al regresar a su cuarto, recibió una profunda sorpresa. Ante sus ojos estaba Juana Dunster, la mujer que había sabido despertar su corazón al amor.

—¿Por qué viniste? ¿Cómo me encontraste?

—Vi el anuncio recortado. Busqué otro periódico. ¡Ya ves si fué fácil!

Se miraron con expresión de amargo desespero.

—¡Ricardo!—clamó la muchacha—. ¡Tienes que volver! Tu padre te concede libertad para ir al Sur de Africa a empezar tu vida de nuevo.

—¡Para qué quiero yo vivir de nuevo! ¡No deseo ya vivir!

Apareció la viuda de Jaime Kent.

—Da la sentencia, y si la pena es de muerte, yo la ejecutaré—afirmó Ricardo con voz entera.

—¿Tú? ¿Tú cometerías un asesinato?—soltaba Juana—. ¡Piensa lo que te podría suceder!

—Y ¿qué me importa? Si no puedo tenerte a ti, ¿qué más da lo que pueda ocurrirme?

—¡Pero tú puedes tenerme! Yo... podría ser tu esposa y juntos marchar a una nueva vida...

Y abrazándose a Ricardo, confirmó sus palabras con un largo y doloroso beso. El falso Hood bebió en aquellos labios la gloria de todas sus esperanzas y de todos sus anhelos.

Pero a la vista de Juana Kent, reaccionó.

—¡Yo no puedo! Estoy sujeto por un terrible juramento. ¡Debo cumplirlo!

Y dirigiéndose a la vengadora, añadió:

—Esta señorita me ha prometido ser mi es-

posa... pero yo no podría aceptar si tú me obligas a matar a Corton.

—¿Y tu juramento hecho sobre el féretro de mi esposo?

—¡Lo cumpliré, su tú no me relevas de él!

—¡Qué valor puede tener la venganza—intervino Juana Dunster—cuando conduce a un hombre al patíbulo! ¿Ha pensado usted en esto?

—Yo sólo pienso en mi esposo muerto y en el hombre que con su traición lo hizo condenar...

—Entonces—exclamó Ricardo—esta es nuestra despedida, amor mío. Pero algún día, cuando sea demasiado tarde, comprenderá esta mujer que las verdaderas víctimas de su venganza hemos sido tú y yo. ¡Hasta nunca!

Juana Dunster, con pasos de ebria, se dirigió hacia la puerta. Pero la voz de Juana Kent la detuvo:

—¡Tenéis razón!—clamó con supremo dolor—. ¡Cedo ante vuestro cariño! El amor tiene que triunfar siempre sobre el odio. ¡Sed felices!

Hasta Foster admite que Juana y Ricardo hacen una pareja ideal.

Por obra y gracia del amor, aquel temido Ricardo England se ha trocado en un hombre de nobles sentimientos y de estricta moralidad.

Sólo piensa en su linda mujercita... y en un ángel de carnes de seda que venga a completar la dicha amable de su hogar...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Deseosa la empresa de EL CINE de corresponder al favor constante que el público viene dispensando a OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo los regalos a los números de la Lotería Nacional sobre los que recaigan los premios mayores.

Los regalos consisten en un artístico retrato de gran tamaño, con un precioso marco, de uno de los más populares actores cinematográficos, al poseedor de la postal cuyo número sea igual al que corresponda el primer premio, y dos elegantes cajas de polvos de arroz Kram, que son los preferidos por las más bellas artistas de la pantalla, a los poseedores de las postales cuyos números sean iguales a los premiados con el segundo y tercer premios.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya de los números premiados.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meigh-

an); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte); 19. *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico*—Mossen Janot—, (postal de Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (postal de Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (postal de Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle* (extraordinario; postal de Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (postal de Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (postal de Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (postal de Roy Stewart); 29. *No hay juego sin trampa* (postal de Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (postal de Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (postal de Frank Mayo); 32. *Una dama de calidad* (postal de Baby Peggy); 33. *Resurrección* (postal de Jane Mercer); 34. *El trapero de París* (postal de Jak Hoxie).

PUBLICACIONES DE "EL CINE"

Para ser bella

Útilísimo volumen que contiene interesantes consejos escritos por las más célebres artistas cinematográficas indicando el modo de adquirir y conservar la belleza, con lecciones prácticas de maquillaje, manicura, preceptos higiénicos, recetario, etc., etc., con magníficos grabados. — Precio: 2 pesetas.

La Dama de las Camelias

A adaptación a la pantalla de la inmortal obra de Dumas, realizada por Alla Nazimova y Rodolfo Valentino; 68 páginas de nutrida lectura con profusión de fotograbados. 50 céntimos.

Almanaques de «El Cine» de 1923 y 1924

Curiosos volúmenes llenos de artículos e informaciones de interés para los aficionados. — Precio: 1'50 pesetas.

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio acabadísimo de la figura del eminente estadista. Su vida y su obra. Fundamentos espirituales e ideario político del fascismo. — Precio: 30 céntos.

Novelas

Amenísima colección de la famosa autora Carlota M. Braeme publicadas en la revista *El Cine*:

Dora. — *Corazón de oro*. — *Azucena*. — *Casada con dos maridos*. — *Por el pecado ajeno o lucha de amor*. — Precio: 2 pesetas tomo.

Cantares

Tomo I. — 500 cantares amorosos (declaraciones, ternezas, requiebros, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 500 cantares alegres (burlas, desprecios, desdenes, baturradas y disparates). — Precio: 1 peseta tomo.

Música

36 cuadernos lujosamente editados de «Música Popular» con más de 700 páginas de música de gran éxito en los últimos años: 30 pesetas.

45 álbumes de *El Cine* conteniendo unas 700 composiciones musicales muy populares: 35 pesetas.

Cuentos de Vida y Amor

Interesantísima colección de cuentos y novelitas sentimentales del ilustre escritor Vicente Díez de Tejada. — Precio: 3'50 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música Popular

Dedicado al célebre y genial Alvaro Retana, que es a la vez un músico notable, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio: 2 pesetas.

EN PRENSA

Cantares

Tomo III. — 500 cantares tristes (penas, ausencia, celos, desengaños, carceleras, soledades y saetas).

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara toma vistas y sus accesorios, la película virgen, el «studio», el artista, los trucos, el argumento, el laboratorio, la proyección, la electricidad y el cine; directorio de manufacturas, directores y artistas, etc., etc.

Para ser artista de cine

De gran interés en el que el gran trágico Sidney y el incomparable cómico Charlot explica los secretos para triunfar en el arte mudo. (Agotado).

Antonio Moreno

Detallada e interesante información de la trágica agresión de que fué víctima el popular actor cinematográfico en Los Angeles (California). (Agotado).

Argumentos de películas

El lirio púrpura. — Prueba trágica. — Marcela. El circo de la muerte. — El bucle de oro. (Agotados).

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de EL CINE, Pelayo, 62, Barcelona.

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

En el próximo número esta popular novela cinematográfica publicará la interesantísima película, producción «Film Española», S. A., Madrid, titulada

Curro Vargas

cinedrama en dos capítulos, adaptación de la célebre zarzuela del mismo título de Paso y Dicenta.

Concesionario exclusivo de venta para España

LIBRERIA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125

BARCELONA.

Dentro de breves días

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

publicará el primer volumen de su colección de superproducciones con la adaptación novelesca de la grandiosa película:

LA TRAGEDIA DEL "FOLIES BERGERE"

Un tomo de 128 páginas, lujosamente encuadernado, 1 peseta.

Imp. GARROFÉ: Villarroel, 12 y 14. - BARCELONA

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»
Pelayo, 62-Teléf. 4128 A.
BARCELONA

Imp. Villarreal 12 y 14